

EL OBJETO DE LA FE

Pr. Manuel Sheran

Act 20:21 RV60 testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.

Anteriormente estudiamos que la aljaba de donde proviene la flecha de la fe es la gracia soberana de Dios. Y en este sentido explicamos que la gracia de Dios a través del nuevo nacimiento es lo que faculta que un hombre pueda tener fe. En vista de que esta muerto en sus delitos y pecados, es necesario que Dios vivifique su vida para que pueda tener Fe. Y encontramos asidero bíblico acerca de esta enseñanza en las palabras de Jesus a Nicodemo cuando le dice:

Joh 3:7 RV60 No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.

Jesus justifica previamente la razón para esto:

*Joh 3:3 RV60 Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, **no puede ver** el reino de Dios.*

*Joh 3:5 RV60 Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, **no puede entrar** en el reino de Dios.*

Por consiguiente, es adecuado concluir, en base a la enseñanza de Cristo, que a menos que un hombre no nazca de nuevo, es imposible que tenga Fe para poder entender las cosas espirituales ni mucho menos entrar en el reino de Dios.

Por esta razón, la gracia soberana juega un papel importante en todo este proceso. Pues sin la gracia de Dios, ninguno de nosotros podría haber sido capaz de tener fe.

Por lo tanto, el nuevo nacimiento otorgado por Dios, viene primero que la Fe.

El problema con esta es que hay una controversia que prevalece en el evangelicalismo moderno. Y esto es que a muchos nos han enseñado que para nacer de nuevo primero hay que tener Fe, porque el nuevo nacimiento es por Fe. Por consiguiente, si creemos eso, estamos bajo el entendido de que La Fe es antes que El Nuevo Nacimiento.

Afirmar lo contrario, contradice, la lógica de muchas personas, muchos teólogos de renombre y años de enseñanza y tradición.

Es por eso que quisiera responder de una vez por todas a la pregunta: ¿qué es primero, la fe o el nuevo nacimiento? ¿Es necesario tener fe para nacer de nuevo? o ¿es necesario nacer de nuevo para tener fe?

Y en este cometido, lo primero que tenemos que hacer es definir bien que significa cada cosa. Es decir que significa la fe y que significa el nuevo nacimiento.

El teólogo Wayne Grudem (un teólogo que no es reformado pero que es muy claro y bíblico en sus enseñanzas) define la Fe como *“La confianza o dependencia en Dios basada en el hecho de que le tomamos a Dios su palabra y creemos lo que Él ha dicho”*.

Y en efecto esto es lo que significa la palabra griega **pistis** que se utilizaba para traducir Fe en la Biblia.

Por el otro, Grudem dice que el nuevo nacimiento es un *“acto secreto de Dios en el que nos imparte nueva vida espiritual; teológicamente este término se conoce como “regeneración”*.

Y encuentro que esta definición es congruente con lo que se menciona como la obra regenerativa de Dios tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo Testamento tal como veremos a continuación.

Ahora que sabemos que es cada cosa, contestemos nuestra pregunta.

Pero para contestarla es necesario hacerlo conforme a lo que dice la escritura y no conforme a nuestra propia interpretación. Porque usar nuestra propia interpretación nos lleva a traicionar el principio protestante de **SOLA SCRIPTURA**. Y esto es algo que no es solamente de nosotros bautistas reformados, sino de cualquier otra denominación protestante sean bautistas del sur, presbiterianos, metodistas, anglicanos, wesleyanos, pentecostales, etc. Todos estamos de acuerdo en que la SOLA SCRIPTURA es la norma sobre la cual basamos nuestra interpretación de las cosas de Dios. Cualquier otra fuente nos llevaría a cometer los errores de los católicos, de reemplazar la escritura con las tradiciones y los criterios de los hombres.

¿Qué dice la Biblia entonces acerca de este asunto? ¿cómo contesta la Biblia nuestra pregunta?

A pesar de que algunos creen que la doctrina del nuevo nacimiento solamente se da a conocer en el Nuevo Testamento, la verdad es que Dios ya enseñó a su pueblo acerca de la regeneración en los días del Antiguo Testamento.

Por esa razón es que Jesús, cuando quería explicar la doctrina del nuevo nacimiento a Nicodemo, le preguntó: *“Tú eres maestro de Israel, ¿y no entiendes estas cosas?”* (Juan 3:10). Porque esas cosas ya habían sido enseñadas al pueblo de Israel.

Algunos ejemplos sacados del Antiguo Testamento son los siguientes:

“Les daré un nuevo corazón para que me conozcan, porque yo soy el Señor; y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, pues volverán a mí de todo corazón” (Jeremías 24:7).

“Porque éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, declara el Señor. Pondré mi ley dentro de ellos, y sobre sus corazones la escribiré. Entonces yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Jeremías 31:33).

“Y les daré un solo corazón y un solo camino, para que me teman siempre, para bien de ellos y de sus hijos después de ellos” (Jeremías 32:39).

“Yo les daré un solo corazón y pondré espíritu nuevo dentro de ellos. Y quitaré de su corazón el corazón de piedra y les daré corazón de carne” (Ezequiel 11:19).

“Entonces les rociaré con agua limpia y quedaréis limpios; de todas sus inmundicias y de todos sus ídolos les limpiaré. Además, les daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de ustedes; quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré corazón de carne. Pondré dentro de ustedes mi espíritu y haré que anden en mis estatutos, y que cumplan cuidadosamente mis ordenanzas” (Ezequiel 36:26-27).

El denominador común de estos 5 pasajes es que Dios es el responsable de conceder el nuevo nacimiento, el nuevo corazón, el nuevo espíritu. Es la soberanía del Señor la que efectúa este cambio glorioso en nuestro ser interior.

Es Dios quien interviene porque el ser humano caído es incapaz de cambiar su depravado y esclavizado corazón. El hombre natural no desea a Dios. No quiere creer en el Señor de gloria. “No hay quien busque a Dios” (Romanos 3:11). El pecador no es capaz de obrar fe salvadora en su propio corazón.

En el nuevo testamento vemos tres metáforas que nos explican la manera en el que la salvación se opera en nuestra vida. Y en todas ellas vemos que Dios es el agente activo mientras que el hombre es el agente pasivo. Es decir, Dios es que el da, y el hombre es quien recibe. Estas tres metáforas son:

1. La Resurrección

Eph 2:1 RV60 Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados,

En primer lugar, la persona resucitada resucita por el poder de una fuerte externa a ella. La hija de Jairo no pudo levantarse a sí misma de la muerte.

2. La Nueva Creación

2Co 5:17-18 RV60 De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. (18) Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación;

En segundo lugar, una persona creada depende de un poder externo a ella para ser creada. Adán y Eva no podrían haberse creado a sí mismos.

3. El Nuevo Nacimiento

Joh 3:3 RV60 Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Finalmente, una persona que nace no puede producir su propio nacimiento. En cada caso, la persona es pasiva. De esta manera nadie se puede gloriarse en la presencia de Dios ya que la salvación es cien por ciento del Señor.

Por lo tanto, para que el hombre pueda tener fe y buscar a Dios verdaderamente, hace falta un cambio radical de naturaleza, un auténtico milagro de lo alto.

Es por esta razón, que Jesús, en su charla con Nicodemo, le dice al fariseo que:

“En verdad, en verdad te digo que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5).

Como dijimos anteriormente es posible que al hacer esta aseveración que nuestro Señor tuviese en mente el pasaje antes nombrado de Ezequiel 36:25-27.

¿Cómo entramos, pues, en el reino de Dios? Mediante la fe en el Evangelio (Marcos 1:15). Pero Jesús aquí revela que antes de poder entrar en el Reino, resulta necesario el nuevo nacimiento. Primero nacemos de nuevo luego entramos en el reino de Dios.

De nuevo, Wayne Grudem está de acuerdo con esto, pues manifiesta: *“Entramos en el reino de Dios cuando nos convertimos en creyentes en la conversión. Pero Jesús dice que tenemos que ‘nacer de nuevo’ antes de que podamos hacer eso”*. Porque es importante lo que diga Grudem, porque es la perspectiva de alguien que no es reformado. De alguien muy respetado en los círculos evangélicos como un teólogo confiable tipo MacArthur. Su libro de Teología Sistemática es uno de los más populares en los principales seminarios no reformados y algunos reformados emergentes entre ellos algunos Bautistas del Sur. De manera que no es algo que pertenece particularmente a nuestra doctrina solamente. Para los que les gusta sacar la carta de la doctrina diferente.

Dios nos concede nueva vida y la primera evidencia de esta vitalidad espiritual es nuestra conversión, esto es, fe y arrepentimiento. Antes de que haya vida, la fe y el arrepentimiento son imposibles. La fe y el arrepentimiento son evidencias de conversión, no son requisitos para el nuevo nacimiento. Porque el nuevo nacimiento no depende de nosotros sino de Dios. La fe y el arrepentimiento son dones de Dios que los recibimos y los abrazamos en nuestra vida una vez que tenemos nueva vida en Cristo.

Otro ejemplo de esto es Lázaro muerto en la tumba. No podía salir porque estaba difunto. Pero luego le llegó la palabra creadora de Cristo: *“¡Lázaro, ven fuera!” (Juan 11:43).*

Humanamente hablando, es imposible que Lázaro responda al mandamiento de Cristo. No puede hacer nada porque está clínicamente muerto. No obstante, la palabra de Jesús creó nueva vida en Lázaro y al instante, el difunto se levanta y se pone a andar.

En la salvación del pecador sucede exactamente lo mismo. La nueva vida es la regeneración. Dios regala nueva vida. E inmediatamente, las primeras obras del nacido de nuevo son fe y arrepentimiento. Se pone a andar porque Cristo ya le ha concedido vida espiritual.

No es por nada que el Nuevo Testamento describe la regeneración como una resurrección de entre los muertos. La evidencia bíblica es abrumadora. Considere estos otros pasajes:

“Aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados)” (Efesios 2:5).

“Y cuando estaban muertos en vuestros delitos y en la incircuncisión de vuestra carne, les dio vida juntamente con Él, habiéndonos perdonado todos los delitos” (Colosenses 2:13).

De hecho, no encontramos en ningún pasaje evidencia de lo contrario a menos que lo saquemos de contexto y lo veamos de manera aislada. Y cuando lo hacemos de esa manera creamos una inconsistencia en la relación de la profecía veterotestamentaria y su cumplimiento en Cristo, así como también una brecha en el atributo soberano de Dios. En el que si nuestra fe es la que provoca el nuevo nacimiento, entonces Dios no es soberano, nosotros somos. Y esto no puede ser así. Porque todos los que somos del Señor estábamos tan muertos como Lázaro. Pero Cristo envió su palabra de salvación por medio del Evangelio llamándonos a salir fuera. En nosotros no había tal poder necesario para causarnos tener vida, mucho menos tener fe.

Sin embargo, el hermoso Espíritu de Dios hizo una obra portentosa, venciendo nuestra enemistad y llevándonos a los pies de Cristo. Como lo expresó Arthur Pink, ahora si le cito un teologo bien reformado: “Él [El Espíritu Santo] es quien aplica el Evangelio al alma con poder salvador: vivificando a los elegidos, cuando aún están muertos, conquistando sus voluntades rebeldes, ablandando sus corazones duros, abriendo sus ojos enceguecidos”.

Sin esta obra regeneradora del Espíritu Santo –el cual sopla de donde quiere- no podemos ejercer ninguna clase de fe en el Señor Jesús.

Si volvemos a leer la promesa de Ezequiel 36:27, podemos ver este orden claramente:

“Pondré dentro de ustedes mi espíritu y haré que anden en mis estatutos, y que cumplan cuidadosamente mis ordenanzas”.

En primer lugar, Dios envía su Espíritu a nuestras vidas (nuevo nacimiento o regeneración) y luego podemos cumplir con sus estatutos y ordenanzas (el llamamiento a la fe y al arrepentimiento).

En respuesta a nuestra pregunta inicial, ¿Qué es primero, la fe o el nuevo nacimiento? Con el peso de los textos bíblicos del Antiguo y el Nuevo Testamento además de la enseñanza clara de nuestro Señor Jesucristo, es indudable que la regeneración precede a la fe.

No creemos para nacer de nuevo, sino que creemos porque hemos nacido de nuevo. Y puesto que tanto la regeneración como la fe son dones de Dios, decimos juntamente con los reformadores protestantes: ¡Soli Deo gloria! (A Dios únicamente sea toda la gloria).

